

sus procedimientos, los que vivieron siempre alejados de él, los que siempre le odiaron. Estos no son buenos jueces. Podrán haberlos aceptado las derechas para justificar su conducta. Las izquierdas habían de haberlos recusado. Si las izquierdas sólo querían detenerse en la muerte de Ferrer, habían de haber borrado por completo su vida. Ferrer no murió en un lecho, de enfermedad, rodeado de los suyos; murió en los fosos de un castillo, fusilado, rodeado de hombres extraños.

Es esta muerte, que no es como la muerte de los otros hombres, lo que agitan como una bandera las izquierdas. Es la muerte del hombre: no es la vida. Y sí para llegar a esta muerte hubieran de pasar por la vida, las izquierdas habrían de haberla estudiado no en los que odiaron a Ferrer sino en los que le amaron. "Tú que me conoces porque me amas, escribe de mí", decía César. Por los que le amaron y no por los que le odiaron, conocemos la bondad de Jesús. Por los que le siguieron hasta el último momento de la vida y no por los que le condenaron a muerte conocemos la sabiduría de Sócrates. Los Evangelios no se escribieron al día siguiente de morir Jesús clavado en los dos maderos en cruz: se escribieron años y años después. Los diálogos no los compuso Platón a la misma hora que Sócrates bebió la cicuta: los compuso cuando ya los mismos que habían sido varias veces interrogados por Sócrates le habían olvidado o habían muerto. Si la vida de Jesús hubiera llegado a nosotros por testimonio de Caifás o de Anás o del centurión que le clavó la lanza en el costado, Jesús no podría presentarse hoy como ejemplo de santidad humana. Si la vida de Sócrates hubiese trascendido a nosotros por la relación que de él hicieron Anito o Melito, Sócrates sería hoy, a nuestros ojos, un difamador vulgar que andaba descalzo, que llevaba la cabeza despeinada, que sorprendía a los atenienses para

arrancarles la fe del corazón. No son los Anito, ni los Caifás de hoy los que han de hablar de él; cuando ya sean mayores, cuando sean hombres, son esos muchachos que van hoy a las Escuelas Modernas de Francia, de Italia, de los Estados Unidos. Estos son los que nos descubrirán la verdad de la vida del hombre que fundó estas escuelas.

Pero, por de pronto, bueno es que vayamos alineando nuestras reflexiones. Que si nos dejamos llevar no sea por los que empujen desde fuera, sino por los valores que nosotros creemos en nuestro espíritu. Ferrer no era un pedagogo han dicho los hombres de la derecha. Ferrer no era un pedagogo han repetido los hombres de la izquierda. Y aquí, en España donde los pedagogos son el señor Rodríguez San Pedro, son esos maestros que según ha confesado Federico de Omí, catedrático de la Universidad de Oviedo, nunca le enseñaron; aquí en España, donde los pedagogos son profesores de Instituto que tienen veinte años seguidos un mismo programa, o maestros que enseñan veinte años seguidos en un mismo libro, o colegios que adoptan veinte años seguidos un mismo método de enseñanza; aquí, donde hay miles de pueblos sin escuelas, miles de maestros sin vocación, miles de catedráticos sin aptitud, se ha dicho y se ha repetido que Ferrer no era un pedagogo. Se ha dicho en la prensa española, se ha dicho en el Parlamento, se ha procurado que llegase a conocimiento del extranjero, como si el no ser pedagogo fuese un delito, como si el tener una escuela abierta y no conocer la Pedagogía y no sentir la Pedagogía fuera un crimen en esta pobre España. Lo han dicho más que otros los conservadores, olvidando que el mismo señor Maura ha repetido cien veces: "que él no sabía, ni quería saber nada de Pedagogía", como si la Pedagogía no fuese hoy una disciplina científica que necesite más que un maestro, un